

La migración femenina en América Latina

Ramiro A. Flores Cruz

El estado de la cuestión

Las transformaciones económicas y sociales suscitadas en gran parte del mundo en desarrollo durante las últimas décadas han producido profundos cambios en la condición social de la mujer, despertando el interés de las ciencias sociales en general y de los estudios sobre población en particular. Mientras los efectos que dichos cambios han tenido sobre fenómenos demográficos como la fecundidad y la mortalidad han sido largamente estudiados y claramente identificados, su influencia sobre la migración ha comenzado a abordarse mucho más recientemente.

Aunque la migración femenina es un fenómeno de larga data en el mundo y aunque su predominio en ciertos tipos de corrientes ha sido reconocido hace tiempo, su magnitud y *especificidad* fueron pasadas por alto durante decenas de años (Recchini de Lattes, 1989) Así, en los estudios tradicionales sobre migración no se solían tomar en consideración los diferenciales según sexo.

Una de las limitaciones más importantes para el estudio de la migración femenina consistía en la *invisibilización* del fenómeno producida por problemas conceptuales y metodológicos en la medición y construcción de los datos sobre migración. En este sentido muchos estudiosos han reconocido un sesgo masculinizante en la investigación sobre migración, ya que aún cuando el término migrante se ha utilizado generalmente sin especificar el sexo, el mismo ha sido invariablemente referido de forma tácita al género masculino. Como contraparte, las mujeres han tendido a ser representadas según un estereotipo de “dependientes pasivas” ya sea como madres, esposas o hijas del migrante varón en busca de empleo, pero no en tanto migrantes autónomas. El diseño de los cuestionarios utilizados en los relevamientos actuaba en el mismo sentido y, presuponiendo el carácter masculino del concepto de migrante y utilizando preguntas basadas en la experiencia migratoria masculina, producía un efecto semejante al observable en relación con la subestimación de la participación de la mujer en la fuerza de trabajo en países en desarrollo (Szasz, 1999, Hugo 1991). De esta forma, la migración por mucho tiempo ha sido tenida como un fenómeno eminentemente masculino, minimizándose la importancia numérica de la migración de la mujer y reconociéndola sólo en tanto subsidiaria de la migración del varón.

A partir de la década 1970 y en el marco del Decenio para la Mujer, las Naciones Unidas promovieron internacionalmente la realización de gran cantidad de estudios sobre participación económica y condición social de la mujer que permitieron reconocer el protagonismo femenino en los procesos migratorios. Gracias al mejoramiento de la captación de la migración femenina (Szasz, 1999) se hizo posible identificar similitudes y diferencias entre las migraciones masculinas y femeninas, así como los procesos que conducen a ellas.

Como resultado, el estudio específico de la migración femenina durante las últimas décadas ha llamado la atención sobre su creciente volumen y complejidad y ha señalado el predominio femenino en algunas corrientes.

Magnitud, tendencias regionales y tipos de migración femenina

Algunos autores sostienen que el último cuarto del siglo XX presenció incrementos sin precedentes en la movilidad espacial de la población en todo el mundo, tanto movilidad temporaria como permanente, interna como internacional (Hugo, 2000). Sin embargo, estas afirmaciones deberían ser relativizadas, ya que si bien es cierto que los desplazamientos han aumentado de manera notable en las últimas décadas y han adoptado nuevas características, su volumen de ninguna manera puede ser considerado superior al de las migraciones rural-urbanas experimentadas durante la Revolución Industrial o al de los grandes flujos de ultramar de fines del siglo XIX y comienzos del XX. La característica distintiva de las migraciones actuales consiste, más bien, en sus consecuencias y significados políticos.

Asimismo, numerosos trabajos han destacado que en este contexto a lo largo de las últimas décadas ha crecido la importancia de la migración femenina interna e internacional, en particular en tanto migración *autónoma*, o independiente de la migración masculina (Recchini de Lattes, 1989; Hugo, 1991 y 2000; Chant y Radcliffe, 1992; Canales, 2002).

En relación con los flujos internos rural-urbanos de las principales regiones del mundo en desarrollo se ha observado que en los países africanos el peso de los varones supera al de las mujeres, aunque muchos estudios recientes sugieren que la movilidad de éstas ha estado aumentando su importancia de manera significativa. En Asia se verifican diversos patrones; en la migración rural-urbana de los países del este y del sudeste asiático predominan las mujeres, al tiempo que en Asia meridional y occidental se verifica una clara mayoría masculina, siendo la migración femenina independiente aún muy rara. Por su parte, en América Latina el predominio de la mujer en la migración rural-urbana se ha mantenido por lo menos desde principios del decenio de 1960, demostrando que en esta región la mujer ha estado migrando durante un largo período en un contexto de mayor independencia de la migración masculina. Se puede afirmar que así como varían los niveles de urbanización entre diferentes regiones del mundo en desarrollo, también lo hace la composición por sexo de sus corrientes migratorias internas. Las mujeres tienden a ser más numerosas que los varones en las regiones más urbanizadas del mundo en desarrollo, es decir América Latina en general y el este y sudeste de Asia. (Chant y Radcliffe, 1992). Se observa claramente que los cambios más importantes de las últimas décadas se han producido en las migraciones internas femeninas de los países en desarrollo, mientras que en los países desarrollados la diferencia en la propensión a migrar de ambos sexos es reducida.

En cuanto a la migración internacional, los desplazamientos desde países en desarrollo a otras partes del mundo en desarrollo y desarrollado han estado creciendo de manera notable, en especial desde los años '70 y '80. Estos flujos internacionales, que en su casi totalidad se dirigen de países pobres hacia países ricos, también han experimentado una marcada feminización en las últimas décadas. Así, en países tradicionalmente receptores como Canadá, EE.UU. y Australia las mujeres han llegado incluso a superar a los hombres en los flujos de inmigración (Hugo, 2000).

Cabe destacar que no sólo ha aumentado la magnitud absoluta y relativa de la migración femenina, sino también la complejidad de los movimientos. Para distinguir y conceptualizar los distintos tipos de movilidad los estudios sobre migración tradicionalmente han considerado, entre otros criterios, la dirección del movimiento (interno, internacional, rural-urbano, rural-rural, interurbano), su duración (permanente, temporal), sus causas (voluntarias, involuntarias), etc. En concordancia con el sesgo masculinizante que caracteriza los estudios tradicionales, las tipologías clásicas de migración no suelen distinguir entre hombres y mujeres al clasificar los movimientos de población (Hugo, 1991). Resulta necesario entonces identificar los tipos de movimientos en los que las mujeres desempeñan un papel particular y establecer la propensión diferenciada de hombres y mujeres para involucrarse en tipos específicos de movilidad. Se trata de encontrar en qué tipos de movimientos se concentran las mujeres migrantes y cuál es su participación relativa respecto de los hombres.

Ya se ha hecho alusión al destino o dirección de la migración. En relación con su duración, los movimientos temporales muestran diferencias significativas entre hombres y mujeres en una variedad de contextos. Hugo (1991) señala que mientras en los años '70 los estudios sobre migración temporal en el sudeste asiático indicaban un claro dominio masculino, trabajos más recientes han demostrado que las mujeres se han visto cada vez más involucradas en este tipo de movimientos. Canales (1999) arriba a la misma conclusión para el caso de la migración México-EE.UU. y sostiene que si las mujeres mexicanas superaban tradicionalmente a los hombres en las migraciones permanentes hacia los EE.UU., en los últimos tiempos también son mayoría en los movimientos circulares hacia este país.

La inadecuación de los marcos conceptuales elaborados desde la perspectiva de la migración masculina para estudiar la migración de las mujeres hizo necesaria la construcción de nuevas tipologías que permitieran comprender su especificidad en relación con los contextos sociales y culturales que afectan a las mujeres. Esta necesidad ha llevado a distinguir entre migraciones *asociativas* y *autónomas*. Dicha clasificación permite diferenciar entre aquellas mujeres que participan activamente en la decisión de migrar, generalmente con el objetivo de encontrar empleo, y aquellas que migran como resultado de una decisión tomada por otros, habitualmente familiares.

La migración autónoma o independiente es más común entre hombres que entre mujeres. Como se mencionó anteriormente, en general se ha asumido que si una mujer migra con su marido, padre u otro familiar varón, aquélla es seguramente una acompañante pasiva y dependiente. Incluso si la mujer migra sola, en los países en desarrollo, y sobre todo en las migraciones de origen rural, la familia -los miembros varones mayores en especial- tiene generalmente un gran peso en la decisión. No obstante, existe evidencia que permite afirmar que cada vez son más las mujeres que adoptan un papel activo en la elección de migrar, independientemente de otros miembros de la familia.

A continuación se describe un conjunto de perspectivas teóricas que, adoptando enfoques tanto macro como microsociales y atendiendo a la especificidad de la migración femenina, intentan dar cuenta de sus causas y de las cuestiones recién apuntadas: el crecimiento de su importancia en las últimas décadas, sus causas y los cambios en sus características.

Enfoques teóricos de la migración femenina

Las teorías desarrolladas para explicar los procesos migratorios presentan mecanismos causales que operan en distintos niveles de análisis. Mientras que algunas se concentran en los procesos decisorios individuales o a nivel de las familias, otras priorizan las condiciones y procesos estructurales desde una perspectiva macrosocial.

En primer lugar, el *enfoque económico neoclásico* entiende la migración como un mecanismo de equilibrios económicos entre áreas emisoras pobres y atrasadas por un lado y áreas receptoras ricas por otro lado. Desde este punto de vista, subsumido conceptualmente en la teoría de la modernización, la migración se produce por cuestiones puramente económicas. La persona migrante se moverá entre la sociedad tradicional y la sociedad moderna por factores que la empujan o tiran de ella (push/pull). Las migraciones son vistas como un ajuste de la oferta y demanda de fuerza de trabajo entre regiones con un elevado volumen de mano de obra, escasa disponibilidad de capital y bajos salarios por un lado, y regiones en una situación opuesta por otro lado. El individuo, en busca de la maximización de sus ingresos, se comportará de manera perfectamente racional y realizará un cálculo costo-beneficio comparando las oportunidades de empleo y de ingresos en el área de origen con aquellos obtenibles en la potencial área de destino. Si el resultado de dicho cálculo arroja un diferencial de salario que supera los costos de la migración, el individuo optará por migrar. De esta manera, se espera que los flujos se dirijan desde las áreas pobres y atrasadas hacia las más desarrolladas y la migración cesará sólo cuando las situaciones entre ambas regiones se equilibren y los diferenciales de ingresos desaparezcan. Estas consideraciones pueden resultar de utilidad a la hora de explicar la movilidad de las mujeres desde las áreas rurales, con pocas oportunidades de empleo, hacia los mercados de trabajo urbanos. Sin embargo, la mirada adoptada es más bien neutral desde el punto de vista del género, ya que se asume que las

motivaciones para el desplazamiento de las mujeres son las mismas que impulsan la movilidad de los varones, sin tenerse en cuenta las dimensiones sociales y culturales que inciden sobre la estratificación de género y que condicionan la participación diferencial de hombres y mujeres en los procesos migratorios. Por otra parte, la selectividad migratoria de las mujeres sólo es abordada en términos del capital humano, que prioriza la posesión de credenciales educativas y el origen rural o urbano, sin introducir en el análisis diferencias entre las mujeres debidas a la pertenencia de clase, a los antecedentes culturales o a los distintos momentos del ciclo de vida. Como se dijo, esta perspectiva se basa en la elección racional utilitarista del individuo que en tanto *homo economicus* decide de manera aislada.

En segundo lugar, el *enfoque estructural* considera que la economía neoclásica otorga demasiada importancia a la motivación y elección individual sin prestar la debida atención a los mecanismos estructurales más globales que generan las diferencias regionales a las cuales responden las migraciones. La perspectiva estructural hace hincapié en la reorganización espacial de la producción que, al generar cambios en la distribución territorial de los mercados de trabajo, da lugar a la configuración de distintos procesos migratorios. Según el llamado enfoque histórico-estructural desarrollado en América Latina, los movimientos migratorios son parte de del desarrollo histórico y son provocados por los cambios en los sistemas productivos y en las relaciones sociales. Desde esta perspectiva la migración desde áreas pobres a áreas más desarrolladas es una característica intrínseca del sistema capitalista, en el que se generan relaciones asimétricas entre sociedades centrales y periféricas.

A diferencia del enfoque anterior, esta mirada ha abordado la movilidad diferencial por género asociándola a una segmentación genérica y espacial de los mercados de trabajo. En los mercados de trabajo existen desigualdades entre hombres y mujeres y esas desigualdades se relacionan con la configuración de segmentos diferenciados por sexo en esos mercados. Las mujeres generalmente se concentran en un pequeño número de ocupaciones cuyas características se relacionan con el papel tradicional de la mujer en el hogar. Por otra parte, la vulnerabilidad económica de las mujeres las impulsa a aceptar empleos de menor prestigio y remuneración que aquellos ocupados por varones de similar calificación, y esto ocurre con particular intensidad cuando se trata de mujeres migrantes, quienes son atraídas por los segmentos femeninos de los mercados de trabajo.

Entre las modalidades de inserción de las mujeres migrantes han recibido especial atención el servicio doméstico urbano, el trabajo en la industria maquiladora y la participación en la industria del sexo comercial. Sin embargo, no es conveniente hacer generalizaciones, ya que algunos estudios más recientes han observado que junto a la gran mayoría de migrantes integrada por mujeres jóvenes, de niveles de instrucción bajos y cuya única oportunidad laboral son los servicios personales, existe otro grupo de menor tamaño que presenta antecedentes sociales más favorables y que se integra en actividades técnicas y profesionales (Recchini, 1989).

Un primer conjunto de estudios encuadrados en esta perspectiva, especialmente en relación con América Latina, ha concentrado su atención en la migración rural-urbana enmarcada en el proceso de desarrollo industrial por sustitución de importaciones de mediados del siglo XX. El gran peso de las mujeres en dichos flujos habría respondido, por un lado a las transformaciones en la división del trabajo rural por género como consecuencia de los cambios estructurales y de la destrucción de las actividades desarrolladas por las mujeres sin que se crearan formas alternativas de empleo para ellas en el medio rural y, por otro lado, a la expansión de segmentos típicamente femeninos en los mercados de trabajo de los grandes centros urbanos de destino, como el servicio doméstico por ejemplo (Szasz, 1999, Canales, 2002). Más recientemente, se ha asociado el aumento de la movilidad femenina, tanto interna como internacional, con la reestructuración de la producción mundial que, en el contexto de globalización económica de las últimas décadas, ha dado lugar a la relocalización de empresas multinacionales industriales ensambladoras. En busca de la mayor competitividad internacional exigida por la globalización de los mercados, muchas firmas multinacionales han relocalizado sus actividades productivas en áreas con fácil acceso a la mano de obra femenina joven, que resulta más dócil que la masculina, está menos sindicalizada y posee una mayor disposición a trabajar a cambio de ingresos menores¹. Estos factores se conjugan con la mayor importancia que adquiere la mujer en los mercados de trabajo debido a la flexibilización y precarización del empleo masculino, sumado a la caída de los ingresos y al aumento del desempleo.

Desde el *enfoque de las estrategias de la unidad doméstica* -o estrategias familiares de vida- la migración surge como una estrategia del grupo doméstico. La unidad doméstica se define como un grupo de personas que aseguran su mantenimiento y reproducción por la generación y disposición de un ingreso colectivo. La emigración pasa a constituir una estrategia más de mantenimiento y reproducción la unidad doméstica.

La consideración e la unidad doméstica permite tomar en cuenta la importancia de las relaciones de reproducción – no consideradas en los enfoques anteriores- e incluir las relaciones ideológicas de género presentes al interior de la unidad doméstica. Ambos aspectos resultan fundamentales en la explicación de la migración diferenciada por género. Esta perspectiva incorpora aspectos relacionados con la división sexual del trabajo en cuanto ésta otorga espacios diferenciados de desarrollo de las actividades productivas y reproductivas y en cuanto determina la existencia de mecanismos de control del trabajo en función del género. Según Chant y Radcliffe (1992) las tareas involucradas en la reproducción de la unidad son tan relevantes como las oportunidades de empleo para explicar la migración femenina. Principalmente en las familias rurales, que dependen en gran parte de la producción de

¹ Esta temática ha sido abordada en profundidad por Sassen (1993) y Canales (2002) para el caso de la migración de mujeres mexicanas desde áreas rurales hacia las ciudades del norte de México, en las que se instalaron las plantas de la industria maquiladora de origen norteamericano. Sassen (1993) también ha estudiado los efectos que dichos proceso económicos han producido sobre la migración de mujeres mexicanas hacia EE.UU.

subsistencia, la migración no se debe únicamente a la incapacidad para satisfacer las necesidades económicas para la vida; en estos casos la migración responde también al hecho de que la división de género del trabajo al interior de la unidad doméstica libera a algunos miembros y retiene a otros. En este sentido Szasz (1999) señala que en numerosos estudios se demuestra que la emigración de las hijas y su inserción en el mercado de trabajo asalariado se estimuló más que la de los hijos varones, tanto porque su trabajo podía ser realizado por la madre, como por la mayor limitación de actividades remuneradas para las mujeres en el medio rural. A la inversa, para los varones era más difícil que para las mujeres acceder al empleo urbano, debido a la considerable demanda de empleo doméstico. De esta forma, la migración laboral de mujeres jóvenes puede ser identificada como parte de las estrategias familiares de asignación de fuerza de trabajo.

Por otra parte, el enfoque de las unidades domésticas permite considerar las relaciones de poder en su interior, las cuales suelen darse en función de divisiones de género, edad y parentesco. Si bien el enfoque de las estrategias de vida se relacionó en un primer momento con la idea del hogar como unidad y con la toma de decisiones colectivas, posturas más recientes conciben a las unidades domésticas como lugares de distribución desigual del poder. De esta manera, esta perspectiva presta también mucha atención a las relaciones de poder que determinan las modalidades de toma de decisión y de división del trabajo. No basta con reconocer que existen divisiones de género del trabajo que pueden explicar los patrones diferenciales de asignación de trabajo al interior y por fuera de las unidades domésticas. También es preciso considerar las formas en que las mujeres y los hombres son influidos por las jerarquías de poder al interior de las unidades. En este sentido, algunos trabajos han destacado que la unidad doméstica no debe ser concebida como un grupo homogéneo y democrático que opta por líneas de acción que conforman estrategias de supervivencia. Por el contrario, en la unidad coexisten múltiples intereses comunes e individuales que dan lugar a relaciones asimétricas entre sus miembros. Tales relaciones de poder están asociadas con la edad y tienen una dimensión de género, de manera que en la mayoría de los casos las mujeres jóvenes tienden a estar más sujetas a las órdenes de los padres que los hijos varones.

Esta temática se vincula con los factores sociales y culturales que condicionan la posición de la mujer en la sociedad y familia de origen, así como su capacidad de tomar decisiones autónomas en relación con la migración. Las desigualdades de género y las particularidades de sistemas familiares donde operan obligaciones recíprocas y estructuras de autoridad afectan las posibilidades de migración femenina de una manera no experimentada por los varones (Szasz, 1999). Como se mencionó anteriormente, la migración autónoma o independiente es más común entre hombres que entre mujeres, especialmente donde existen fuertes factores culturales que ejercen un gran control sobre la mujer y que obligan a las mujeres a permanecer bajo la protección y vigilancia de los hombres, como sucede habitualmente en diversas regiones del mundo en desarrollo. Los hombres tienden a tener más

libertad en la decisión de migrar que las mujeres y suelen encontrarse en mejores condiciones educativas para insertarse en los mercados de trabajo de destino, además de tener acceso a una gama más amplia de ocupaciones. En muchas ocasiones, aún cuando la migración de la mujer sea individual, es decir no como acompañante de su esposo, padre o de otros miembros varones de la familia, la decisión sobre su traslado puede depender casi exclusivamente de los miembros de la familia con más autoridad, más allá de la propia voluntad de la potencial migrante. Generalmente son los padres quienes deciden sobre la migración de sus hijas esperando que éstas provean de ayuda económica al hogar de origen mediante el envío periódico de remesas. Muchos estudios han señalado que la condición social subordinada de la mujer implica que los jefes de hogares rurales esperen y reciban mucho más de sus hijas migrantes que de sus hijos migrantes (Chant y Radcliffe, 1992).

En la medida en que varía la posición social de la mujer, tanto en la sociedad como en la familia de origen, crecen sus posibilidades de migrar de manera autónoma. Los cambios operados en la condición social de la mujer facilitan su incorporación al movimiento migratorio, dado que cada vez existen menos pruritos para que la mujer migre sola. El aumento de la autonomía de las mujeres modifica a su vez las motivaciones para migrar, el tipo de movimientos en que se involucran, su participación en las decisiones y la potencialidad del cambio de residencia para mejorar su posición relativa (Lim, 1993).

Recientemente se ha comenzado a documentar que las desigualdades de género y los controles tradicionales en las sociedades y familias de origen, que anteriormente restringían la movilidad independiente de las mujeres, pueden en el presente ser una importante motivación para la migración de mujeres jóvenes solteras. En los estudios más recientes, el reconocimiento del conflicto motivado por la desigualdad existente en los hogares de origen de las migrantes es más frecuente, así como el señalamiento de una permanente tensión entre los intereses de las mujeres como individuos y su carácter de sujetos que actúan en función de los demás. En estos casos las motivaciones se vinculan con la intención de evitar la falta de participación en las decisiones en torno a su sexualidad y su matrimonio, con el deseo de escapar de la carga de tareas domésticas monótonas y con la voluntad de apartarse de un ambiente familiar opresivo afirmando su independencia respecto de los padres (Szasz, 1994).

Además, los estudios de género han incorporado en los últimos años la perspectiva del *ciclo de vida* y de sus cambios como condicionantes de las migraciones. Esta perspectiva permitió visualizar a la familia como una entidad que cambia a lo largo del curso de la vida de sus miembros, y a las migraciones como eventos que dependen de diversas configuraciones familiares y que se vinculan con otros, como la salida del hogar paterno, el ingreso al mercado laboral, el matrimonio o el fallecimiento del cónyuge. Las diferencias de género en la propensión a migrar aparecen muy ligadas a estos eventos del ciclo de vida. El *contexto familiar* de las migraciones permite a su vez vincularlas con otros procesos sociodemográficos. Los desarrollos conceptuales sobre las migraciones femeninas proponen

que las transformaciones en la estructura y funciones de la familia, en la formación y disolución de uniones, en las pautas de procreación y crianza y en las estructuras de autoridad influyen de manera decisiva en la movilidad espacial femenina. En un nivel micro se ha propuesto que el estado civil, la situación familiar y marital, la presencia y el número de hijos, el tipo de estructura familiar, las relaciones de poder intergenéricas e intergeneracionales y la etapa en el ciclo de vida son dimensiones necesarias para entender la especificidad de las migraciones femeninas (Szasz, 1999).

Por último, otro de los factores que permiten dar cuenta del aumento de la migración femenina en los últimos tiempos es el propuesto por Sassen (2002) desde una clara perspectiva macro. Según la autora gran parte de la migración internacional femenina responde a la emergencia y fortalecimiento de circuitos alternativos de subsistencia en los países en desarrollo, circuitos que se encuentran vinculados con las dinámicas propias de la globalización económica. La globalización ha tenido impactos significativos en dichos países, a saber: incremento de la deuda externa pública, crecimiento del desempleo, caída de los ingresos de los varones sostén del hogar, recortes en los gastos sociales, cierre de empresas orientadas al mercado interno, etc. Como consecuencia de estos procesos se ha generado una variedad de circuitos globales alternativos para producir ingresos, obtener ganancias y asegurar los ingresos de los gobiernos. Entre estos circuitos globales, que incorporan un número creciente de mujeres, se encuentran el tráfico de mujeres para la prostitución y para el trabajo regular, la exportación organizada de mujeres como novias y para el servicio doméstico, y las remesas enviadas a sus países de origen por las migrantes. Desde esta mirada se destaca entonces la relación de la migración femenina con las consecuencias más perjudiciales de la globalización y se llama la atención sobre la función que cumplen las mujeres pobres de países en desarrollo como fuente para la producción de ganancias ilegales y como fuente de divisas para los gobiernos endeudados.

Efectos de la migración de las mujeres sobre su posición social

Más arriba se ha señalado que los cambios operados en los roles sociales y status de la mujer conducentes a una mayor equidad de género constituyen una de las causas del aumento de la migración femenina. Pero, a la inversa, la migración de la mujer puede a su vez tener efectos sobre el empoderamiento femenino, es decir sobre el aumento de su autonomía. Sin embargo, aunque la migración puede facilitar dicho empoderamiento, en algunos contextos puede conducir a la situación contraria.

Cabe esperar que la migración implique un cambio en las relaciones de poder existentes entre los géneros y que la mujer migrante asuma roles y status diferentes en el lugar de destino. Numerosos estudios demuestran que en varias regiones, además de los factores

económicos, la liberación de las formas de autoridad tradicional impuestas en la comunidad de origen ha sido un motivo importante para migrar. En efecto, después de migrar es muy probable que las mujeres adquieran, aunque no siempre es así, un mayor poder de decisión sobre su vida cotidiana. De acuerdo con Hugo (2000) es más probable que la migración de la mujer conduzca a un aumento de su autonomía cuando el movimiento se dirige de áreas rurales a urbanas, cuando las mujeres migran solas y ni como parte de la familia, cuando lo hacen de forma documentada y cuando se insertan en el sector formal de la economía. Sin embargo, es importante señalar que en otros contextos la migración puede no tener efectos significativos sobre la autonomía de la mujer migrante. Es el caso de mujeres que al migrar como parte de una estrategia familiar deben remitir periódicamente gran parte de sus ingresos, permaneciendo bajo el control tradicional de su familia a través de las redes y comunidades de inmigrantes en el lugar de destino.

No existe una relación directa y mecánica entre migración femenina y mejoramiento de la posición relativa de la mujer. En no pocas circunstancias la migración de la mujer puede incluso significar una pérdida de status y un reforzamiento de los controles y limitaciones sobre su autonomía y sus derechos. En primer lugar, la migración puede implicar la pérdida de un importante apoyo de la comunidad de origen en cuanto protección y ayuda con los quehaceres del hogar, como por ejemplo el cuidado de los niños. En segundo lugar, la expansión del tráfico de mujeres, ya sea con vistas a su explotación en el comercio sexual o en el trabajo productivo bajo formas no legales de empleo, generalmente conduce a un desempoderamiento de la mujer por el control otorga a otros sobre la vida de la migrante en el lugar del destino. Incluso las migrantes que se insertan en el servicio doméstico, en muchos casos no logran mejorar su situación, ya que sus tareas implican una subordinación que muchas veces se conjuga con discriminación étnica y de clase y con la ausencia de protección de parte de la legislación laboral.

Principales aportes al estudio de la mujer migrante latinoamericana

Los estudios sobre migraciones en América Latina son escasos en lo que se refiere a migraciones femeninas, tanto en cuanto a su desarrollo teórico como a su investigación empírica. Aunque la migración rural-urbana femenina superó a la masculina en la mayor parte de los países de la región durante décadas, la investigación sobre la primera ha sido escasa y la atención se ha concentrado sobre la migración de los hombres (Recchini y Mychazula, 1991).

No obstante, al igual que en otras regiones, en los últimos años ha aumentado el número de estudios que destacan la importancia numérica y la especificidad de las migraciones femeninas en América Latina. De acuerdo con Szasz (1999) los estudios microsociales, desde la antropología, relacionaron las migraciones femeninas con cambios en la división genérica del trabajo y con las crisis de las economías de subsistencia, mientras que por otro lado, los estudios sociodemográficos permitieron vincularlas con la expansión de los mercados de trabajo femeninos en zonas urbanas y con las características de los modelos de desarrollo, sin perder de vista las dimensiones socioculturales del fenómeno. Desde esta última perspectiva se indagaron también los rasgos individuales que definen los patrones de selectividad de las migrantes frente a las no migrantes de la sociedad de origen, así como las características diferenciales de la inserción de las migrantes en el mercado de trabajo de la sociedad receptora frente a las mujeres no migrantes y frente a los migrantes varones.

A partir de las diversas perspectivas reseñadas en el punto anterior, y en particular desde un abordaje sociodemográfico, se ha producido una serie de investigaciones sobre la migración de mujeres en América Latina, algunas de las cuales analizaremos a continuación.

En primer lugar Szasz (1994), Recchini y Mychazula (1991) y Cacopardo y Maguid (2003) abordan la temática analizando las modalidades de inserción de las migrantes en mercados de trabajo con distintas características estructurales.

Examinando los cambios ocurridos en las migraciones internas originados en la reestructuración de los mercados de trabajo latinoamericanos y teniendo en cuenta que en las migraciones hacia las grandes ciudades de la región ha existido una marcada selectividad femenina relacionada con la demanda de mano de obra para el servicio doméstico, Szasz (1994) investiga de qué forma ha cambiado el mercado de trabajo femenino en la ciudad de Santiago y cuáles han sido los cambios en la inmigración interna de las mujeres y en su inserción laboral en los años recientes. Desde un enfoque estructuralista el trabajo desarrolla un análisis cuantitativo haciendo uso los censos de población y vivienda de Chile de 1952 a

1982, de la encuesta sobre inmigración al Gran Santiago de 1962, y de la Encuesta Nacional de Empleo. Este análisis permite pensar que las fluctuaciones del mercado de trabajo femenino en áreas rurales, así como los cambios en el mercado de trabajo urbano, y en particular en el servicio doméstico, han afectado y afectarán en lo sucesivo la inmigración femenina interna hacia la ciudad.

El peso de las mujeres en las migraciones internas hacia Santiago durante las décadas de 1950 y 1960 se vincula con los procesos de mecanización de la agricultura, que implicaron un desplazamiento del trabajo en las haciendas, proporcionalmente más marcado entre las mujeres que entre los hombres. A su vez, los determinantes de género de dicha atracción femenina hacia Santiago se relacionan con las características particulares que su mercado de trabajo ofrecía a mujeres jóvenes de baja escolaridad, en especial con la presencia de segmentos del mercado de trabajo específicamente femeninos que se concentran en Santiago, como el servicio doméstico.

Desde los años '70 ha ido disminuyendo el peso relativo de las mujeres entre los inmigrantes a Santiago y entre una de sus causas se encontraría el proceso de reestructuración productiva que habría incrementado el empleo rural, el incremento del desempleo urbano y el aumento de la demanda de mano de obra femenina para trabajos temporales en la agricultura y la agroindustria de exportación. Se observa que hasta los años '70 la tradicional inserción de las inmigrantes en el mercado de trabajo de Santiago derivaba de sus bajos niveles educativos y del rechazo de las mujeres pobres urbanas por el empleo en el servicio doméstico, para el cual existía una demanda considerable. En cambio, a partir del aumento del desempleo urbano evidenciado en dicha década las inmigrantes han debido enfrentarse con una proporción creciente de mujeres nativas de Santiago que buscan insertarse y se insertan en el servicio doméstico.

Junto a estos factores la autora destaca la importancia que el contexto familiar tiene en las migraciones femeninas. Las migrantes, por su condición femenina, deben buscar actividades que les provean de vivienda segura, ya que, a diferencia de los varones, en ausencia de su familia no pueden vivir solas o con extraños. Este ha sido justamente uno de los factores que ha impulsado su concentración en el servicio doméstico, pues permite a las migrantes residir en el hogar donde trabajan. Así, aún habiendo mejorado su nivel educativo en las últimas décadas y aunque prefieran no trabajar en el servicio doméstico, la situación familiar de las migrantes dificulta su acceso a otras alternativas de empleo. De esta misma manera se explica que las inmigrantes en el servicio doméstico presenten un mayor nivel de escolarización que las nativas de Santiago empleadas en el mismo sector.

En otro trabajo de investigación Cacopardo y Maguid (2003) abordan el análisis de la inmigración internacional proveniente de países limítrofes al Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) a fines de la década de 1990 a través de la caracterización de los diferenciales

de género de migrantes y no migrantes en los niveles y modalidades de inserción ocupacional en el mercado de trabajo de dicha aglomeración. En segundo lugar este estudio también indaga acerca de las brechas entre las mujeres nativas y migrantes.

En un contexto de creciente feminización de los flujos originarios de países vecinos hacia la Argentina en general y hacia el AMBA en particular a lo largo de las últimas décadas, el análisis de los datos brindados por la Encuesta de Permanente de Hogares muestra que la brecha de género en los niveles y modalidades de participación en el mercado de trabajo es más pronunciada entre la población limítrofe que entre los nativos. En gran parte de las variables estudiadas se observa que la condición migratoria actúa profundizando la inequidad de género, también presente en la población nativa. Mientras que no puede afirmarse que los migrantes varones se desempeñen mayoritariamente en tareas no calificadas, las migrantes mujeres sí lo hacen, verificándose cierta subutilización de la fuerza de trabajo de las migrantes, ya que la imposibilidad de acceder a ocupaciones mejor posicionadas no se condice con su nivel de educación.

En el mismo sentido, al analizarse la inserción por rama de actividad se observa que la segmentación del mercado de trabajo vinculada con el género, y que propicia la inserción de las mujeres en ramas que se vinculan con las funciones valoradas socialmente como típicamente femeninas, también se agudiza cuando se trata de las mujeres migrantes, quienes se emplean preferentemente en el servicio doméstico y en otros servicios de limpieza extradomésticos.

Con relación al examen de los diferenciales en la participación económica entre mujeres nativas y migrantes, el estudio destaca por un lado la importancia del ciclo de vida de las mujeres a través de la inclusión de variables como el estado conyugal, la posición en el hogar y el número de hijos menores, y por otro lado la relevancia del contexto familiar por medio del análisis del nivel de ingresos y del clima educativo del hogar. Si bien el nivel de actividad femenina en general está muy relacionado con las etapas del ciclo vital, los resultados permiten sostener que los factores asociados con dicho ciclo afectan los niveles de actividad de las migrantes limítrofes en mayor medida que los de las nativas del AMBA, siendo los primeros más altos que los segundos. Se destacan las altas tasas de participación de las migrantes jefas de hogar y con mayor número de hijos, lo cual se vincularía con situaciones de mayor desprotección laboral y familiar, debido a la doble condición de mujeres e inmigrantes.

En síntesis, los resultados del trabajo demuestran que si bien la condición de migrante de un país limítrofe opera como el principal determinante en las posibilidades de acceso e inserción en el mercado de trabajo, en el caso de la migrante mujer a este factor se suma la inequidad de género frente a sus pares varones, la cual a su vez es mayor que entre las mujeres nativas.

En otro estudio, tomando un caso de migración hacia una ciudad de tamaño intermedio, Recchini y Mycahzuza (1991) cuestionan el estereotipo de mujer migrante latinoamericana predominante en la literatura sobre la materia y destacan la heterogeneidad que la migración femenina presenta en la actualidad.

Las autoras investigan la migración femenina hacia la ciudad de Neuquén en la Argentina, ciudad que presenta un crecimiento demográfico notable en las últimas décadas, principalmente como consecuencia de la migración. El estudio se enmarca en el contexto de los cambios producidos durante las últimas décadas en los patrones migratorios de muchos países latinoamericanos, evidenciados en la disminución de la migración rural-urbana hacia las ciudades más grandes y en el aumento de la migración urbana-urbana hacia ciudades de menor tamaño. Asimismo, se subraya el avance del status social de la mujer en un país de modernización avanzada como la Argentina, avance que se refleja en un importante aumento del empleo femenino en las categorías ocupacionales de mayor prestigio del sector moderno de la economía, y se destaca el proceso de desarrollo económico de la provincia de Neuquén y de su ciudad capital, que en las últimas décadas habría generado numerosas oportunidades de empleo atrayendo a migrantes de diferentes lugares del país y de Chile.

El trabajo cuestiona la imagen típica que describe a la mujer migrante como una joven soltera de origen rural, con bajo nivel educativo y que migra hacia las grandes ciudades para emplearse en el servicio doméstico. Propone que, lejos del estereotipo comúnmente aceptado en América Latina, existe una gran heterogeneidad entre las mujeres migrantes. Para ello se compara la inserción ocupacional en el mercado de trabajo de Neuquén de los diferentes tipos y corrientes de migrantes, según el período de la migración y el lugar de origen, y la de éstas con la de las no migrantes en el lugar de destino y con la de las no migrantes residentes en los lugares de origen.

A partir de los datos provenientes del Censo Nacional de Población de la Argentina de 1980, se observa que tanto las características individuales como el lugar de origen y el momento de la migración, junto con las oportunidades laborales en el lugar de destino, inciden sobre las posibilidades de participación en el mercado de trabajo y sobre las modalidades de inserción de las mujeres migrantes. Así, se constata que las migrantes difieren ampliamente en sus características sociodemográficas y económicas de acuerdo con el nivel de desarrollo de su lugar de origen y con el momento de llegada a la ciudad de Neuquén. Las migrantes recientes provenientes de lugares cercanos de la Argentina y las originarias de las provincias vecinas de Chile se adecuan a la visión tradicional de la mujer migrante latinoamericana. Son más jóvenes que las migrantes de otras corrientes, poseen un nivel educativo más bajo y presentan una mayor proporción de solteras. Como consecuencia, presentan también mayores niveles de actividad y se concentran en el sector informal, principalmente como empleadas domésticas. Por su parte, las migrantes recientes provenientes de zonas más desarrolladas como la provincia de Buenos Aires y del AMBA en

particular, ya sean migrantes recientes o antiguas en este caso, son más educadas, de mayor edad y presentan los mayores porcentajes de ocupadas en el grupo de profesionales.

A partir de estos resultados el trabajo concluye que si bien el estereotipo de la mujer migrante podía estar justificado en momentos en que predominaba la migración rural-urbana, dicha imagen parece no ser universalmente válida en un momento en que predominan las migraciones urbanas-urbanas, en el que las mayores tasas de crecimiento se observan en las ciudades de tamaño intermedio y en el que el status social de la mujer ha mejorado. Actualmente, la migración femenina debe ser estudiada como un fenómeno más complejo de lo que se supone usualmente.

Al estudiar la migración femenina hacia otras dos ciudades pequeñas de la misma provincia de Neuquén, Kloster (1997) obtiene resultados similares. También observa que el lugar de origen y el momento de la migración inciden de manera diferencial sobre las características individuales de las migrantes, condicionando los patrones de inserción en los mercados de trabajo de las sociedades receptoras. A diferencia del estudio recién descrito, este trabajo además de utilizar datos censales recurre principalmente a entrevistas cualitativas con el fin de superar las dificultades en la obtención de información a partir de las fuentes de datos existentes. A través de los censos de población no es posible conocer la etapa del ciclo de vida, el estado conyugal o la situación familiar de la mujer al momento de la migración, todos factores de gran importancia en el caso de la migración femenina, así como tampoco puede conocerse el nivel educativo o la situación laboral en ese momento. Además de indagar sobre estas cuestiones, en la entrevistas se preguntó sobre las características del lugar de origen de las migrantes y las razones para migrar, lográndose también elaborar un bosquejo de la historia migratoria y laboral de las entrevistadas.

Desde otro punto de vista, en un estudio enmarcado en la perspectiva de las estrategias familiares de vida, Cacopardo (1999) pone en duda el postulado comúnmente aceptado según el cual los hogares encabezados por mujeres son más vulnerables que los encabezados por jefes varones. Este estereotipo resulta cuestionable dada la existencia de indicios que señalan que los hogares encabezados por mujeres migrantes –y por mujeres en general sin importar su origen- logran desarrollar estrategias de vida familiares más ventajosas respecto de los hogares con jefes varones, en virtud de un conjunto de características propias de la condición femenina. Así, los hogares migrantes con jefa mujer tenderían a mostrar mejores condiciones de vida –reflejadas en menores proporciones de hogares NBI- en la medida en que una mayor “elasticidad” laboral y familiar les permite enfrentar y resolver más adecuadamente los problemas relacionados con la supervivencia en la sociedad receptora.

Con el objeto de identificar los factores diferenciales que llevan a que las jefas mujeres se encuentren en una situación de aparente ventaja respecto de los varones, el trabajo analiza un

conjunto de características de jefes y jefas del Área Metropolitana de Buenos Aires a partir de información estadística proveniente del Censo de Población de 1991, clasificando a los jefes y jefas según su lugar de nacimiento en migrantes provenientes de países limítrofes, migrantes internos del resto del país y no migrantes. Las variables estudiadas son el ciclo vital de los jefes y jefas, su nivel educativo y nivel de calificación, el nivel de empleo de los demás miembros del hogar y su nivel de calificación.

Entre los resultados se observa en primer lugar que si bien las jefas mujeres tienen en promedio una mayor inserción en tareas no calificadas que los jefes hombres, las que completaron o superaron el nivel medio de educación tienden a ubicarse en empleos más acordes con su nivel educativo que los varones. Por otra parte, pareciera que las jefas mujeres pueden lograr que los demás miembros del hogar se involucren más en actividades que generen ingresos. Se observa que el nivel de empleo familiar adopta patrones más estables, presentando menos altibajos según la edad de los miembros, en los hogares con jefa mujer que en los de jefe varón. No obstante, esta mayor intensidad del empleo familiar de los hogares encabezados por una mujer coexiste con un incremento de la descalificación laboral familiar a medida que aumenta la edad de los miembros, y esto ocurre especialmente entre las familias migrantes.

De esta manera, a partir de las observaciones realizadas se pone en duda la tan mentada mayor vulnerabilidad de los hogares encabezados por mujeres y se concluye que los hogares con jefa mujer son diferentes a los hogares con jefe varón, logrando situarse en forma diferente, aparentemente con mejores resultados, ante situaciones de conflicto.

Por último, desde la demografía histórica, en su trabajo sobre la inmigración femenina italiana a la Argentina a fines del siglo XIX Frid de Silberstein (1997) señala el carácter subsidiario de las italianas en relación con sus contrapartes varones. El análisis de los datos provistos por las Listas de Pasajeros arribados al puerto de Buenos Aires en la década de 1880 y de los registros de pasaporte (nulla osta) relevados en las áreas de origen de las migrantes permite identificar el carácter familiar de los modelos migratorios de las italianas. A través de dicha documentación se puede observar una significativa presencia de italianas casadas que migran acompañadas con sus hijos con posterioridad a la migración de los varones adultos del grupo familiar, dando cuenta de la importancia del modelo de reunificación familiar, así como una marcada importancia de la migración de matrimonios con hijos. La información obtenida de las solicitudes de pasaporte de las italianas demuestran que incluso las migrantes que viajaban sin acompañamiento familiar lo hacían en respuesta a las llamadas de reunificación en el lugar de destino de parte de maridos, hermanos u otros familiares varones. Este carácter asociativo de la migración de las italianas en la segunda mitad del siglo XIX se refleja además en la mayor estabilidad que presentaban los flujos femeninos frente a los masculinos, los cuales al tener un perfil eminentemente laboral solían fluctuar por encontrarse influidos en mayor medida por los ciclos y coyunturas económicas de la Argentina.

Como se señaló anteriormente la migración femenina más reciente, tanto en nuestro país como en otras regiones, ha adquirido un carácter más autónomo acorde con los cambios operados en la condición social de la mujer. En los últimos tiempos la investigación sobre migración femenina ha comenzado a prestar mayor atención al carácter autónomo o asociativo de la migración debido a las implicancias que dicho carácter tiene sobre la sociedad receptora y sobre la misma mujer migrante.

Algunos desafíos para el estudio de la mujer migrante

Algunos estudios han destacado la importancia de la unidad doméstica, su estructura interna y las etapas en el ciclo de vida para entender las migraciones femeninas. En este sentido, desde la antropología se ha prestado atención a la asignación diferenciada por género del trabajo y de las normas sobre la sexualidad, el matrimonio y el parentesco. Si bien ya se han desarrollado algunas investigaciones en esta dirección, los estudios sociodemográficos aún pueden contribuir mucho a este análisis vinculando las migraciones femeninas con el tipo de estructura familiar, la situación familiar y conyugal de la mujer, el orden que ocupa entre sus hermanos y la presencia y número de hijos.

La profundización del abordaje de la migración femenina desde la perspectiva del ciclo de vida permite a los estudios sociodemográficos concebir a la familia como una entidad en constante cambio y observar las migraciones en su relación con diferentes configuraciones familiares y con otros acontecimientos como la salida del hogar de nacimiento, el matrimonio o el ingreso al mercado de trabajo. De esta manera se podrían vincular los cambios operados en la magnitud y características de la migración femenina con las importantes transformaciones ocurridas en otros procesos sociodemográficos como la estructura y funciones de la familia, los patrones de nupcialidad y los patrones de procreación, entre otros.

A su vez, también teniendo en cuenta la importancia del contexto familiar, debería ahondarse en el análisis de las relaciones que guarda la posición de la mujer en la familia con los patrones de participación económica y la migración femenina. Para ello resulta necesario ampliar los estudios que exploren a nivel micro las interrelaciones entre los cambios en el rol y autonomía de las mujeres en el hogar y su inserción en los mercados de trabajo y en la migración a ésta ligada. En este sentido, mediante la aplicación de metodologías cualitativas debería profundizarse el estudio de los hogares en tanto espacios de poder e intereses en conflicto, abordando así las relaciones existentes entre las jerarquías de poder, la autonomía de la mujer y las decisiones individuales que intervienen en la migración femenina y sus características, de manera que las migrantes no sean sólo consideradas como meras emisarias de sus familias.

Resulta claro que, aunque posibilitan una aproximación necesaria a las tendencias de los flujos y a las características de las migrantes, las fuentes tradicionales de la sociodemografía, como censos y encuestas, son insuficientes para examinar temáticas como el origen de los procesos migratorios y la complejidad de las relaciones familiares que enmarcan la decisión de migrar o de permanecer. A través de las fuentes comunes es imposible conocer cuál es la situación familiar o marital en el momento de la migración, y en este sentido sería necesario desarrollar formas de medición de las migraciones que vinculen a cada migrante con las

particularidades del contexto familiar de origen. Sin embargo, la respuesta a este tipo de interrogantes debería más bien ser abordada desde una perspectiva multidisciplinaria combinando el análisis cuantitativo con técnicas cualitativas como las entrevistas en profundidad y las historias de vida. Además, de esta forma sería posible incorporar una perspectiva más comprensivista que considere a la mujer en tanto protagonista de su propia experiencia migratoria y avanzar en el conocimiento no sólo de las características sociodemográficas de las migrantes de manera agregada, sino también conocer las características del proceso e interpretar el significado que las mujeres otorgan a su experiencia de acuerdo con sus condiciones específicas.

Por último, debe señalarse que los avances en la investigación sobre las relaciones entre migración y empoderamiento femenino son aún limitados. Sería importante profundizar en el estudio sobre los cambios ocurridos en la autonomía femenina y en las relaciones intergeneracionales como resultado de las migraciones, así como las modificaciones que producen las migraciones sobre las relaciones familiares. Asimismo, debería establecerse en qué tipos específicos de contexto la migración femenina se encuentra asociada con el aumento de la autonomía de la mujer.

Bibliografía:

Cacopardo, M. Cristina (1999), “La ¿mayor vulnerabilidad? de los hogares encabezados por mujeres”, en *V Jornadas de la Asociación de Estudios de Población de la Argentina*, Universidad Nacional de Luján, INDEC.

Cacopardo, M.C. y Maguid, A. (2003), “Migración limítrofe y desigualdad de género en el mercado laboral del Area Metropolitana de Buenos Aires” en *Desarrollo Económico*, 170 (en prensa) .

Canales, Alejandro (1999), “Ciclos de la migración laboral de México hacia Estados Unidos”, en *Papeles de Población*, 22.

Canales, Alejandro (2002), “Migración y trabajo en la era de la globalización: el caso de la migración México-Estados Unidos en la década de 1990”, en *Papeles de Población*, 33.

Cruz, H. y Rojas Wiesner, M. (2000), “Migración femenina internacional en la frontera sur de México”, en *Papeles de Población*, 23.

Chant, S. y Radcliffe, S.(1992), “Migration and development: the importance of gender”, en Chant, Sylvia (ed.), *Gender and Migration in Developing Countries*, Belhaven Press, London and New York.

Frid de Silberstein, Carina (1997), “Inmigrantes y trabajo en Argentina: discutiendo estereotipos y construyendo imágenes. El caso de las italianas (1870-1900)”, en De Mesquita Samara, Eni (org.) *As idéias e os números do gênero. Argentina, Brasil e Chile no século XIX*, Hucitec- Cedhal- Vitae, Sao Paulo.

Hugo, Graeme (1991), *Migrant Women in Developing Countries*, United Nations Expert Group Meeting on Feminization of Internal Migration, Aguascalientes, México.

Hugo, Graeme (2000), “Migration and Women’s Empowerment”, en Presser, H. y Sen, G. (ed.), *Women’s Empowerment and Demographic Processes. Moving Beyond Cairo*, Oxford University Press, New York.

Lim, Lean (1993). “Effects of women’s position on their migration”, en Federicci, N.et al, *Women’s position and demographic change*, Oxford University Press, IUSSP.

Kloster, Elba (1997), “Diferenciales en la movilidad territorial de las mujeres en localidades neuquinas”, en Otero, H. y Velázquez, G. (comp.), *Poblaciones Argentinas. Estudios de demografía diferencial*, PROPIEP, Tandil.

Recchini de Lattes, Zulma (1990), “La mujer en la migración interna e internacional con especial referencia a América Latina”, en *Boletín de Población de las Naciones Unidas*, 27.

Recchini de Lattes, Z. y Mychaszula, S. (1991), “Heterogeneidad de la migración y participación laboral femenina en una ciudad de tamaño intermedio”, en *Estudios del Trabajo*, 2.

Sassen, Saskia (2002), “Contra geografías de la globalización. La feminización de la supervivencia”, en *Travesías*, 10.

Sassen, Saskia (1993). *La movilidad del trabajo y del capital. Un estudio sobre la corriente internacional del capital y el trabajo*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.

Szasz, Ivonne (1999), “La perspectiva de género en el estudio de la migración femenina, en México”, en García, B. (ed.), *Mujer, género y población en México*, El Colegio de México- Sociedad Mexicana de Demografía, México.

Szasz, Ivonne (1994). *Mujeres inmigrantes y mercado de trabajo en Santiago*, CELADE, Santiago de Chile.

Zlotnik, Hania (1992), “Empirical Identification of International Migration Systems”, en Kritz, M., Lean Lim, L., Zlotnik, H. (ed.), *International Migration Systems. A global Approach*, Clarendon Press Oxford, New York.